



Conflictos regionales y tensión global

Demetrio Boersner*

Durante los meses de septiembre y octubre de 2006, diversos conflictos internacionales de dimensión regional se han desencadenado o agravado, llegando a conformar un inquietante cuadro global de tensión e inseguridad. A diferencia de la situación internacional bipolar de veinte años atrás, hoy en día no todos los centros de poder hablan un lenguaje político común y concuerdan en la búsqueda de un equilibrio. El poder político y bélico tiende a diluirse en nuevos focos, incluidos algunos que, por ahora, no admiten ninguna convivencia sino piensan en términos de conflicto indefinido y apocalíptico. La escasez de grandes liderazgos personales, investidos de auctoritas indiscutida a la cabeza de los mayores factores de poder internacional, agrava las incertidumbres y angustias de los pueblos. Los principales escenarios regionales de conflicto o tensión son en estos momentos: el Cercano Oriente y Asia Occidental, y, en grado algo menor, la América Latina. En el plano global, se está cuestionando el paradigma del Consenso de Washington y la supremacía política de los Estados Unidos. El terrorismo fundamentalista islámico amenaza el orden establecido y provoca reacciones puntuales más bien que grandes respuestas coherentes y de largo plazo.



**MEDIO ORIENTE-ASIA:
RIVALIDADES Y ERRORES**

Irak, Israel-Palestina e Irán son los tres focos de conflicto en el Medio Oriente, en tanto que Afganistán, Pakistán y las repúblicas ex soviéticas de Asia Central conforman otra zona de enfrentamientos, vinculada estratégicamente a la primera.

Del Medio Oriente y de Asia Oriental en su conjunto emanan las amenazas del terrorismo fundamentalista islámico: amenazas sin límite ni tregua, pues sus activistas no buscan (por los momentos) ningún engrandecimiento limitado y sujeto a eventuales negociaciones, sino nada menos que la conquista física y espiritual del planeta. Inevitablemente, Estados Unidos (víctima en 2001 de la agresión más terrible) y los demás países del Occidente deben tener presencia en Asia Occidental por este motivo.

Pero además existe otro: el área geográfica señalada contiene las mayores reservas petroleras y gasíferas del glo-



bo y en un escenario de escasez y eventual agotamiento de recursos energéticos, todas las potencias predominantes rivalizan por el acceso y control a este *heartland* geoestratégico que abarca la península arábiga, Mesopotamia, el Golfo Pérsico, el Cáucaso, el Mar Caspio, Asia Central y la red de campos y tuberías tendida desde el Mediterráneo hasta el Océano Índico. Para los estrategas del Pentágono y de todos los demás ministerios de defensa y servicios de seguridad de las potencias, el petróleo de Asia Occidental ocupa un puesto de máxima prioridad. La lucha antiterrorista, un apoyo a Israel y el afán de introducir la democracia al mundo musulmán son, igualmente, objetivos abrazados con sinceridad, pero la seguridad energética es lo primero, aunque de ello se hable poco. Desde que Rusia ha vuelto a tener una política internacional autoafirmativa y vigorosa, y que China se perfila cada vez más como potencia enorme, a la vez que en el seno de Europa Occidental existen intereses económicos con-

- Ataques israelíes
- Ataques de la guerrilla libanesa



trarios a los de Estados Unidos, el gobierno de Washington dedica una inmensa proporción (casi la totalidad) de su actividad estratégica al Cercano Oriente y Asia Occidental.

En Irak, su estrategia encuentra obstáculos cada vez mayores y ya se habla de fracaso y derrota. La invasión norteamericana a ese país, que tenía una dictadura cruel pero laica, no parece estar golpeando al extremismo islamista, sino más bien alienta a los representantes de ese movimiento, que con habilidad reúnen bajo su bandera a todas las variedades de un nacionalismo musulmán herido. Análogamente, ha sido de dudosa sagacidad el ataque demoledor de Israel contra Líbano, país con importante población cristiana adversaria del islamismo radical y otrora dispuesta a entenderse con el Estado Judío, pero ahora amargada, a la vez que en la población musulmana se acrecienta, tal vez, el apoyo a los extremistas de Hezbolá.

AMÉRICA LATINA: ELECCIONES Y CAMBIOS POLÍTICOS

En los trece meses comprendidos entre noviembre 2005 y diciembre 2006 se efectuaron o están por realizarse elecciones presidenciales en doce países latinoamericanos y del Caribe (en orden cronológico: Honduras, Chile, Bolivia, Haití, Costa Rica, Perú, Colombia, México, Brasil, Ecuador, Nicaragua y Venezuela). Hasta el momento de redacción del presente artículo, se han realizado nueve de estos procesos. En dos países –Colombia y México-, los comicios han favorecido fórmulas de centroderecha, con sólida mayoría en el primer caso y mayoría escasa (y cuestionada por el perdedor) en el segundo. En Honduras y Haití, se puede hablar de resultados electorales “centristas puros”, sin claros indicios de inclinación hacia la izquierda o la derecha. Chile, Costa Rica y Perú se han pronunciado mayoritariamente en sentido socialdemócrata o de centroizquierda. Bolivia, por su parte, eligió con substancial mayoría a un presidente izquierdista radical, influido por el estilo caudillista y autocrático del actual gobernante de Venezuela. De esta manera, para el final de septiembre, Latinoamérica aparecía dividida en tres tendencias políticas: un conservadurismo moderado y democrático, abierto a la convivencia amistosa con Estados Unidos; un grupo socialdemócrata, inclinado a distanciarse del neoliberalismo y mantener actitudes independientes aunque no hostiles ante la potencia del Norte, y una tríada de actitud radicalmente “antiimperialista”, constituida por Cuba, Venezuela y Bolivia.

No sólo las Américas sino el mundo entero observaron con gran interés la elección presidencial del 1º de octubre en *Brasil*. Como volveremos a puntualizarlo más abajo, uno de los fenómenos más relevantes de la actualidad es el dinámico ascenso de nuevas “potencias emergentes” que ocupan espacios crecientes en la economía global. Al lado de China e India, el Brasil forma parte de esta categoría de países; por ello sus avatares políticos repercuten en los mercados y centros de decisión del mundo.

Además de ser una ascendente potencia económica, Brasil posee un grado de madurez y coherencia política excepcional en América Latina. La estabilidad interna que le dio su monarquía constitucional durante el siglo XIX, y tal vez una propensión a la transacción y el consenso, inherente a la cultura lusa, hicieron que determinadas políticas “de Estado” perduren largamente, por encima de los cambios de gobierno. Desde 1930 en adelante, existe en Brasil una burguesía nacional “desarrollista”, deslindada de oligarquías rentistas y mercantiles más antiguas, y existen gobiernos que encabezan alianzas entre la mencionada burguesía y la clase trabajadora para industrializar y modernizar estructuralmente al país. Antes del actual presidente Luiz Inácio “Lula” da Silva y del gobierno del Partido de Trabajadores, su predecesor Fernando Henrique Cardoso, con el Partido Social Democrático, ya había lanzado las bases esenciales de un programa de desarrollo con visos de autonomía frente a la influencia norteamericana y con mecanismos de lucha contra la pobreza y la exclusión. Lula, al llegar al po-

der, prometió radicalizar un tanto el carácter nacionalista y social del programa desarrollista, pero en la práctica no hubo rupturas significativas con la anterior gestión de Cardoso. Siguiendo lineamientos trazados por su predecesor, Lula logró convertir a Brasil y a sí mismo en voceros principales –y universalmente respetados- de un regionalismo latinoamericano soberano y de un nuevo “izquierdismo” democrático.

Las elecciones del 1º de octubre –y la segunda vuelta que determinará si Lula es reelegido o no- se dan entre dos partidos que se diferencian por su base social esencial. El PT nació del sindicalismo obrero y sigue siendo un partido popular, en tanto que el PSD (que no tiene nada que ver con la socialdemocracia como corriente internacional) es fundamentalmente la expresión de la burguesía nacional desarrollista. (Más a la derecha, el Liberalismo se vincula a corrientes conservadoras y neoliberales). Las diferencias ideológicas parecen ser mayores entre Lula y el actual candidato del PSD, Geraldo Alckmin, que entre Lula y Cardoso. Este último tuvo una formación intelectual y política socialista y se movió al centro desde la izquierda. En cambio Alckmin, ligado a las altas esferas políticas y de negocios “paulistas”, parece ocupar una posición más conservadora.

Los factores que han impedido que Lula gane su reelección con mayoría absoluta en la primera vuelta comicial, parecen ser tres. En primer término, altos dirigentes del PT tuvieron actitudes descuidadas y criticables en el manejo de las finanzas y quedaron calificados de corruptos, con el propio